



Estudios sobre las Culturas Contemporáneas
ISSN: 1405-2210
januar@ucol.mx
Universidad de Colima
México

Aguirre Aguilar, Genaro
Los usos del espacio nocturno en el puerto de Veracruz
Estudios sobre las Culturas Contemporáneas, vol. VI, núm. 12, diciembre, 2000, pp. 53-83
Universidad de Colima
Colima, México

Available in: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31601203>

- How to cite
- Complete issue
- More information about this article
- Journal's homepage in redalyc.org

LOS USOS DEL ESPACIO NOCTURNO EN EL PUERTO DE VERACRUZ*

Genaro Aguirre Aguilar

*A Eduardo Sánchez Rojas "El Chilango"
Ese viejo que me enseñó tantas cosas de esta vida*

*Todo territorio que se ocupa
con el fin de habitarlo o de
utilizarlo como espacio vital es
previamente transformado de caos en cosmos*

Mircea Eliada

Tanteos de ruta

Guiños, coqueteos, mirada que reconoce, lo cierto es que a continuación se expone un trabajo de mediano aliento en la medida de ser una pesquisa de campo para la construcción teórica-empírica del escenario nocturno en el puerto de Veracruz. Y decimos de aliento medio, al ser un alto en el camino para reflexionar en torno a las formas de uso y apropiación de los espacios urbanos que oferta la noche jarocha a los sujetos sociales que transgreden el día para ir al encuentro del gozo.

Pero también es terminal, pues comprende parte del Trabajo de Campo, para la investigación que actualmente realizo en la Maestría en Comunicación que ofrece la Universidad Veracruzana (UV) y que gracias al apoyo del FONCA, pudimos desarrollar. De tal suerte, pergeñar estas cuartillas es pasar de una mirada externa a un proceso interno, donde el análisis, la reflexión, la valoración de lo realizado (de eso que se apre-

hendió del campo) busque dar sentido a algunas prácticas socioculturales de los porteños; encontrando anclaje en lo teórico, pero bordándolo con lo empírico.

El móvil justificante

Aproximarse a la ciudad y sus formas definitorias para entender el "cierto" tipo de consumo cultural del que echa mano su gente para asumirse de allí y no de otro lugar, es dar cuenta de sus articulaciones y formas de circulación, de cómo vive, cómo se transpira, en este territorio demarcador de temporalidades, pero igual por la asunción de un comportamiento identificadorio de quien *es* y se *sabe* urbano.

Para el caso de nuestra investigación *sobre los usos del espacio nocturno en el puerto de Veracruz*, la ciudad se muestra como un denso, pero también intenso entramado, donde se configuran vivires y sentires que podemos ver desde lo comunicativo, pero entrecruzado por otras miradas que en esto de asomarse a la urbe ya tienen historia detrás.

En esta dimensión de confluencias, donde se matrimonian acciones y vivencias teóricas, la urbe pasa de ser un espacio asignado geográficamente, a configurarse en términos simbólicos cuando los usos y las costumbres van dando cuenta de la apropiación y el sentido del usuario urbano: de pronto, las calles, los edificios, la gente; cada rincón citadino, se siente, se respira, se lame, se construye y reconstruye diariamente para convertir sus caminos y espacios en un texto capaz de expresar un tanto lo que hemos sido, y un mucho lo que estamos siendo.

Porque la ciudad-concepto (De Certeau, 1996), si algo ha dado a sus habitantes, son formas, rutas de vida, sentido de pertenencia al transeúnte, quien se apropiá de aquellos espacios que le cede y concede el *ring side* urbano. Hay un tejido, una red que tiende maneras de intercambio práctico/simbólico que suponen una realidad vital pero huidiza: la ciudad se convierte en una aventura que se narra, que se semantiza y configura en la socialidad del día con día. Acciones e interacciones entre sus individuos, quienes transitan, se acercan y alejan en esta ciudad; la misma que entrega una realidad reveladora de "su" *valor de uso* (Lefebvre: 1978). Operación ésta, desarrollada en cada uno de sus rincones, donde se establecen infinidad de redes, las cuales ponen a circular imágenes e informaciones determinantes de las relaciones de sus hombres y mujeres, vecinos, enemigos y amigos.

Recordemos que desde la misma fundación del puerto, muchos momentos y cosas han pasado, y sin querer hurgar en la historia, lo que te-

nemos que reconocer es que el puerto jarocho, ha sido sitio de entrecrucés, zona de paso obligado; pero igual geografía donde se ha definido mucho de lo que ahora somos como nación. Mito, realidad, fantasía, allí está la ciudad porteña, conjuntando como pocos tradición, nostalgia y modernidad abrazante.

Y así, el ciudadano de estos lares, cobijado en esa ventisca que arrulla y encanta, se deja llevar por la ciudad, asumiéndola, dándole sentido, el mismo que “se constituye en lo que la ciudad da, en lo que los sujetos pueden hacer con su vida en medio de determinaciones del hábitat y lo que imaginan sobre ellos y sobre los otros...” (García Canclini, 1995:74). En otras palabras, estructuras e interacciones urbanas que van dando cuenta de necesidades, deseos de los sujetos sociales a quienes hemos comenzado a ver más de cerca.

De apuntes y mapas metodológicos

En su obra *Imaginarios urbanos, Bogotá y São Paulo, cultura y comunicación urbana en América Latina*, el investigador colombiano Armando Silva nos dice que “una ciudad se hace por sus expresiones”. (Silva, 1992:17), tesis que compartimos al tomar en cuenta la multiplicidad de formas en que una urbe es capaz de “hacerse oír”; porque no sólo es lo físico espacial erigiendo imágenes arquitectónicas que dotan de sentido al espacio urbano una vez que el ciudadano los asume como territorio, ya que en el accionar constante entre agente social y escenario habitado, se producen y reproducen dependencias de múltiples tipos. Desde lo relacionado al puro contexto, a sus usos sociales, incluido cómo se permiten y determinan las interacciones, la ciudad se traza y edifica; pero al mismo tiempo va construyendo o definiendo una mentalidad *urbana* que permea en las andanzas y los discursos de sus habitantes.

De tal suerte y con el deseo a cuestas de indagar sobre prácticas culturales en el puerto, una noche iniciamos el caminar y la búsqueda que culminaría con una primera aproximación al *campo de estudio*. De este andar, surgió una necesidad: si tuvimos la intención de realizar una investigación en torno a *los usos del espacio nocturno en el puerto de Veracruz*, el itinerario que iniciamos y nos llevó por cafés, bares, discotecas, *table dances*, restaurantes, plazas públicas, antros, taquerías, salones de baile, mostró lo intenso y extenso del espectro nocturno, razón que llevó a definir mejor el universo de estudio. De esa disección surgió

el espacio nombrado como *Antro*, y al que nos dirigimos para indagar las mecánicas de interacción validadas por el jarocho en tales sitios.

Sabido es que el término *antro* tiene una acepción tradicional que lo coloca como lugares de mala reputación donde se consume alcohol. Pero en la práctica cotidiana, sabemos que no es así; de allí que para la investigación consideramos los usos y costumbres de hoy, donde expresiones como “vamos a *antrear*” sugieren la asistencia a lugares como cantinas, pero igual a salones de bailes o discotecas, entre otros. De tal suerte, al abrigo de los usos del lenguaje cotidiano, el término *antro*, apadrinado por lo clandestino, pecaminoso y anónimo del concepto original, hoy lo contemporáneo y su gente lo resemanizan para suponer un espacio y tipo de diversión alternativa y donde el alcohol sigue presente. Así, para efectos de este trabajo, el término *antro* deja lo “escandaloso” para dar paso a lo *chic*, y asciende de lo rasposo a lo sublime.

Sabemos lo “peligroso” que resulta generalizar con los usos de tal término, pues lo mismo puede ser el resultado de un proceso del aquí y el ahora que no dé para más; incluso, sea un invento de una juventud clasista, pero finalmente no nos interesa, pues el trabajo no se queda en lo descriptivo, quiere encontrar puerto de llegada en los niveles de las prácticas sociales que los usuarios nocturnos echan a andar en estos centro de diversión; las cuales, tarde que temprano, pasan a formar parte de sus representaciones y configuraciones sociales.

Una segunda exploración arrojó la selección de 12 lugares para después decidir un corte más fino y quedarnos con 6 antros. Trabajo difícil si tomamos en cuenta que los primeros, tanto en términos cuantitativos como cualitativos, suponían un espectro mayor de la oferta hecha en la ciudad; sin embargo, buscamos integrar en los seis últimos, características significativas que estuvieran presentes en aquellos que quedaban fuera: rango del lugar, tipo de oferta cultural, características de los asistentes, entre otras cuestiones similares. Para ubicarlos se diseñó un mapa, donde se trazaron las rutas y las zonas nocturnas del puerto jarocho. Quizá más cercano al *croquis* como lo entiende Armando Silva (Silva, 1992), este *mapa nocturno*, integrado por tres zonas, dividida en términos geosimbólicos a Veracruz y su zona conurbada con Boca del Río.

De esta forma, era posible tener fronteras, rutas de viajes que lo mismo hablan de lo estrictamente arquitectónicos urbano, que de la parte creativa y lúdica, aquellas que el consumo y el imaginario social determinan para saber quién pasa o no por tales sitios, quién asume como propio un territorio y no otro, quiénes se identifican con él y quiénes no. A partir de aquí, la pregunta que de entonces ha conducido nuestro trabajo de investigación ha sido: *¿qué tipo de usos sociales y formas de*

consumo cultural se dan por las noches de fin de semana en 6 antros del puerto de Veracruz?

Porque una cosa parece cierta, en los últimos años lo permisible contemporáneo ha abierto tales espacios de diversión a la diversidad sexual y generacional. Atrás quedó la exclusividad viril de la cantina; hoy es normal encontrar mujeres lo mismo solas (y no necesariamente prostitutas) que acompañadas; sean en los llamados bares, donde es posible hallar padres de familias no con "la otra" necesariamente, también con los "suyos": hijos, hijas, esposas. Lo mismo en los salones de baile, compartiendo un espacio igualmente ocupado por aquellos personajes a los que llamo "vampíricos", quizás hoy un tanto más invisibles (si el término existe) o, por qué no, ya francamente aceptados. Recordemos que hoy la prostitución no es ni siquiera privativa de las mujeres, también entre los hombres que se ofertan a la mejor "postora". De tal suerte, ni siquiera el "maquillaje a granel" es elemento identificatorio para ubicar a quienes negocian con los momentos y los deseos.

Por otro lado, al trazar el llamado *mapa nocturno*, se integraron tres zonas cuya característica natural fue la ubicación, pero complementada con la orientación de su oferta cultural, pues el diseño urbano y el consumo de sus espacios, permitían trabajar heurísticamente para hacer operable el territorio citadino y sus noches. Cabe señalar que, aún cuando más adelante se puntualicen sus detalles, cada zona respondía por igual a ciertos rasgos que evidencian tipos definidos de asistentes, donde la memoria recobrada por los transeúntes da sentido a cada uno de los espacios en tanto lugares practicados: de lo nostálgico en el caso del primer trazo, a lo emergente periférico en el segundo, y lo clandestino añorado en el tercero. Así pues, el *mapa nocturno* diseñado ex profeso, quedaba definido de la siguiente manera.

• Zona Centro

Por las características históricas de trazo urbano que definió a las ciudades desde la antigüedad, sabemos que el llamado "centro" se convirtió en el núcleo de actividades de muy distinta naturaleza: sitio para el comercio, pero también para la vida política, el corazón de las ciudades también se abrió para configurar tejidos de otra índole, como lo cultural, donde ciudad, realidad y vida urbana, poco a poco fueron cediendo espacios para la diversión, el esparcimiento y otras alternativas para consumir el llamado tiempo de ocio.

Precisamente a partir de esta consideración, y cobijado por los años que de vieja tiene, la ciudad de Veracruz se ubica en este tipo de trazo urbanístico, donde el Palacio Municipal con su Plaza de Armas en frente como sitios institucionalmente simbolizados, se ve flanqueado por *Los Portales*, referente obligado cuando se trata de nombrar lugares típicos del goce jarocho; pero también es fácil tropezar a su alrededor o del llamado Primer Cuadro de la ciudad, con un número importante de antros cerrados (bares, cantinas, *table dance*, discotecas) que han florecido en los últimos años.

En tal sentido, los lugares seleccionados para investigarse, después de un trabajo de exploración fueron La Tasca Colonial sito en la zona de *Los Portales* y El Rincón de la Trova, en uno de los callejones típicos del centro, a unas cuadras del Zócalo.

La Tasca Colonial, hay que decirlo con todas sus letras, es uno de los lugares claves para darnos cuenta del cambio experimentado en la apropiación y resemantización del territorio y de sus formas de uso, pues en él se dan demarcaciones sectoriales al ser la clase acomodada del puerto, quien ha venido haciendo suyo este espacio. Lugar de "distinción" en una área tradicionalmente pluriclasista, allí es común tropezarse con banquetes conmemorativos, de bodas, incluso de graduaciones, y en donde el costo de la bebida es un renglón significativo. Lo estudiado en este antro fue: *qué se bebe* y las *formas de diversión*.

Mientras tanto, El Rincón de la Trova, se caracteriza por ser el sitio para la bohemia y la añoranza. Allí se baila, se bebe, se viven las noches al amparo de viejos sones que alegran la estancia de un puñado de "viejos" que han hecho de ese lugar su espacio de convivencia los fines de semana. En este lugar chocan ante el "apretón" parejas de abolengo sotero, y otras menos "maduras" que van al encuentro de una diversión; a lo que se suma la "clase" intelectual porteña, lo mismo que visitantes que seguramente de oídas llevan referencia para andar por esos ambientes. En este caso estudiamos *identidad y territorialización*.

• Zona de la Gran Barra Nocturna

Si bien es cierto durante el asentamiento de las ciudades el centro fue el sitio estratégico y neurálgico funcional, también se debe decir que los cambios experimentados en el diseño urbano, corrompieron la ciudad y su "ensimismamiento". De tal suerte, los márgenes citadinos comenzaron a dibujar una realidad urbana que sentó las bases de un "valor de uso social", promoviendo nuevas condiciones de vida, donde las mer-

cancias y la industrialización fueron elementos paradigmáticos en el naciente modelo de ciudad.

En este caso, el puerto jarocho (y su zona conurbada con Boca del Río), es territorio importante para la investigación, en virtud del rango que tienen los sitios para la diversión que allí se localizan, mismos que rompieron con el esquema al que estaba acostumbrado el lugareño: con ellos llegó la "modernidad". De pronto, el centro fue cediendo terreno frente a esta zona que traza un corredor importante para asaltar la noche: frente a la llamada "Barra más grande del mundo" —que es el muro que flanquea al bulevar porteño, y conocido así por el jarocho— a la zona "Dorada", que conecta con el municipio boqueño, se encuentra una línea turística donde podemos encontrar bares, restaurantes, discotecas, los cuales conforman espacios de alto consumo en las noches del puerto.

En esta zona se seleccionaron dos lugares: la discoteca Ocean, primer gran centro nocturno dedicado al baile "moderno", sitio donde la gente de clase alta comenzó a definirlo como *su* territorio; no obstante, los tiempos y la formas de consumo fueron modificándose, de tal manera que el lugar terminó por aceptar a otras clases sociales. En este antro nos interesa investigar los *ritos*.

Otro antro sobre el que se trabaja es el salón de baile Chévere Cocó, quizá el último de los sitios donde confluyen una diversidad de sujetos: de los "extraviados" marinos de algún buque atracado en el puerto, a los jóvenes salseros que acuden en parejas o en grupo de amigos; pero también las hay quienes acuden solas: amigas y mujeres de la vida gallante. Allí se baila música en vivo, salsa sobretodo. Uno o dos grupos que van y vienen de un antro a otro, son los encargados de hacer disfrutable la noche. En el caso de Chévere Cocó, trabajamos sobre *actitudes* y *procesos de negociación*.

• Zona de Marginales en el Centro

Si algo trajo la urbe, fue una redefinición en la dimensión espacio-temporal, que repercutió en la división social y la manera de responder a distintas formas de vida. A partir de esto, la ciudad fue aportando otras imágenes, donde el esfuerzo, la voluntad, la subjetividad, comienzan a convivir al aliento del trazo urbano; núcleo que se va resquebrajando en su modelo tradicional: el centro, poco a poco, va entablando un diálogo geográfico con los barrios que empiezan a aparecer, los suburbios y otras formas de asentamiento humano, que pretenden dar identidad a

partir de la apropiación de un territorio. De pronto, el individuo pasa a convertirse en un *ciudadano*, y si nos apuramos, en una especie de marginal en el centro mismo de un proyecto de vida cuya apuesta se enfoca a la integración en su totalidad: quien no se trepa al caballo, se queda... Y muchos se quedaron.

En este tenor, el consumo de las noches en Veracruz, aún guarda sitios para la marginalidad buscada por algunos actores sociales. Antros que se distinguen por su localización, donde cuestiones económicas, sociales y culturales, perviven. Pero lo marginal trasciende lo puramente concreto en nuestro trabajo. No nos quedamos con lo céntrico en relación a lo geográfico, también se define a partir del lugar y su tipo de oferta: de lo físico a lo imaginal, con toda su carga lúdica a la que nos remita el término.

El primer sitio es Kokai, uno de esos donde las féminas se desvisten y centro de diversión para hombres (en términos formales, aún cuando también acuden mujeres) tan de moda en el puerto entrada esta década. Incluso con la presencia de un gobierno panista y las consecutivas crisis, sigue ofreciendo deseos. Aquí trabajamos sobre *comportamientos*.

El otro lugar seleccionado en esta zona fue Lencerías, antro para los sueños materializados en un momento. En este antro se bebe y se baila con chicas que vagan en ropa interior atendiendo las mesas. Tal como su nombre lo dice, se trata de traer a la vista del asistente todos aquellos vestuarios de cama que desde hace mucho, forman parte del imaginario masculino. A lo que se agrega el cobijo neón que le dan las luces más o menos estratégicamente colocadas, que les da un toque especial, convirtiéndolas en ninfas lumínicas y terrenales. Aquí nos interesan *los procesos de negociación*.

Hasta aquí la descripción de las tres zonas y los seis lugares sobre los que se realizó el Trabajo de Campo. Efectivamente, la mirada descriptiva y reflexiva nos permitió encontrar una estructura social definida a partir de una amalgama de acciones propias de estos escenarios; donde los procesos de interacción, los ritos y otras formas de operar en tales espacios nocturnos, se dan en tiempos y espacios determinados, circunstanciales, pero que evidencian experiencias textuales complejas, a las que tuvimos que ver con una mirada reflexiva, apuntalada por el matrónio entre teoría y lo empírico.

No olvidemos que la ciudad está allí, pero no es sólo una postal. Podemos encontrar una serie de notas al reverso que nos hablan de su densidad, de su composición hologramática. Después de todo, como bien dice Rossana Reguillo "la cultura urbana se entiende como un conjunto de esquemas de percepción, valoración y acción de actores..." (Regui-

llo, 1996:75) cuyo contexto siempre está sujeto a la regulación. De allí que no sea aventurado decir que en el puerto de Veracruz se determinen arenas de sentido que creemos entrever en esos sitios "vulgares" llamados *antros*.

Antro:
la búsqueda de un anclaje teórico

Para buscar dar una textura pertinente en el marco de una construcción teórica elaborada alrededor del antro jarocho, es justo y un tanto obligado remitirnos al mismo entramado social, para ir bordando aquellas categorías que terminarán por dar sentido a las vivencias del usuario nocturno. Nos referimos sobre todo al espacio, al territorio, a la identidad y a aquellas cosas que en la abstracción del escenario encuentran su reducto para dar razones operativas a las interacciones ejecutadas en tales estancias nocturnas, y que terminan por amalgamarse y dar ruta a las prácticas que lo empírico y la reflexión analizaron en este trabajo de búsqueda, de indagación de lo cotidiano jarocho. De tal suerte, se hace pertinente hallar niveles de abstracción, análisis y reflexividad para poder formular síntesis explicativas, soportes teóricos próximos a la construcción de lo social, que sea operable en el nivel exigido por nuestro trabajo.

En este tenor, recordemos que ha correspondido a la sociología hablar sobre la ciudad y lo que en ella ocurre; es decir, desde cómo se *estructura* a cómo se definen las *acciones* que fundamentan la vida social. Y aquí definimos la estructura en los términos en que Giddens la propone: "un orden virtual" que denota propiedades articuladoras donde se tienden ligas de un espacio-tiempo en sistemas sociales (Cfr. Giddens, 1995:45). De tal forma, es posible entender a las propiedades como facilitadoras para las prácticas sociales. Así, la llamada estructura, de una u otra manera, dice Giddens, existe en el espacio-tiempo, pero en tanto es actualizada por las prácticas ejecutadas por los agentes sociales.

Por su parte, entendemos la *acción* como aquella facultad para ejecutar o potenciar los actos del hombre, misma que le permite realizar una vida social, la misma que se vierte en

expresiones significativas, de enunciados, símbolos, textos y artefactos de diversos tipos y que buscan comprenderse a sí mismos y a los demás mediante la interpretación de las expresiones que producen y reciben (Thompson, 1993:137).

Trasladada esta lectura a nuestro trabajo, creemos oportuno señalar que un antro en tanto espacio determinado por las prácticas socioculturales; es un sitio con una lógica estructurante que se erige a partir de las acciones de sus usuarios; misma que se esboza en las formas y las mecánicas de la interacción: desde a qué horas se llega a cómo te vistes, cómo saludas, con quién hablas, son aspectos importantes; incluso para justificar niveles de expresión y códigos funcionales para operar en determinados lugares.

Sin embargo, no hay que olvidar: si hablamos de un sistema operante, tendríamos que subrayar la importancia del elemento tanto espacial como temporal, pues es precisamente allí donde se gestan las acciones y las interacciones humanas que se investigaron. Por ello es pertinente determinar que, tanto el espacio histórico-antropológico como el simbólico (aquel que se abre para dar paso al lugar donde se determinan las identidades y el otro, el sitio donde se construyen las representaciones sociales), son elementos de significación imbricados en la asunción cotidiana de ser o no ser ciudadano urbano.

De entrada, cabría señalar que *espacio* lo asumimos como aquel continente que es ocupado por cualquier objeto sensible. Es decir, será el sitio que da paso a la historia en la medida de ser cruzado por lo temporal. En otras palabras, nos referimos indistintamente a una expresión que se objetiva en la medida de ser usada por los sujetos sociales.

En términos antropológicos, Augé nos dice que el *espacio* es un tanto más abstracto si lo comparamos con el de *lugar* (casi siempre utilizados como sinónimos, pero teóricamente existen diferencias), pues en el primer caso, al usarlo se hace referencia a un acontecimiento, que es mito o historia, pero siempre estará demarcando una acción diferenciada (Augé, 1995:87-88).

Mientras tanto, el *lugar* lo nombramos a partir de la idea que representa el sitio ya ocupado por algún objeto. Como dice el autor citado, el lugar es sitio de sentido inscriptivo y simbolizado, allí donde se determina lo antropológico (Augé, 1995:86). No obstante esto, justo es compararlo con otros autores, para determinar con mayor precisión una y otra percepción.

Ante esto, y si estamos dando peso a lo temporal, habría que revisar lo que la historia (así como lo hace la antropología) nos puede decir, pues no podemos ignorar que entre las dos disciplinas hay una fundamentación que se erige en lo extenso y transitorio. Esta proximidad, recordemos, estriba en la naturaleza de su mismo objeto de estudio:

si el espacio es la materia prima de la antropología –dice Augé–, se trata aquí de un espacio histórico, y si el tiempo es la materia prima de la historia,

se trata de un tiempo localizado y, en este sentido, un tiempo antropológico.
(Augé, 1995:15).

Dicho lo anterior, hay que enfatizar sobre las ópticas desde donde se puede mirar los tales espacios y los tales lugares. Así, el historiador Michel de Certeau también realiza una distinción entre *espacio* y *lugar*: en el primero, nos dice, impera la movilidad, ya que es

el efecto producido por las operaciones que la orientan, lo circunstancian, lo temporalizan y lo llevan a funcionar como una unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales (De Certeau, 1996:129);

mientras que en el lugar se demarca el orden

según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia. Ahí pues, se excluye la posibilidad para que dos cosas se encuentren en el mismo sitio... Un lugar es (...) una configuración instantánea de posiciones. (De Certeau:Idem).

En la búsqueda de una explicación que operativice estos conceptos, diría el mismo autor que el *espacio* es un *lugar practicado*. O sea que, mientras para Augé, el lugar es un sitio de inscripción, simbólico y por referencia social, para el historiador De Certeau es adscripción regulada; en tanto que el lugar es sinónimo de *estar*. Por otro lado, el espacio para el primero es abstracto y significante social, para el segundo es *el sitio* para el ejercicio social, donde se sientan experiencias que dan forma a los relatos de vida.

Más allá de pronunciarnos por una u otra tesis, creemos oportuno señalar que, para efectos de nuestra investigación, las lecturas de estas tesis nos llevan a plantear cuestiones operantes que únen y articulan al espacio/lugar. Nos referimos a ellas como categorías igual de complejas cuando se trata de verlas a la luz del campo empírico y reflexivo. Decimos lo anterior con la certeza de que, tanto el espacio como el lugar, de acuerdo a las formas discursivas y de interacción cotidiana, determinan pautas de consumo y de posicionamiento de tales escenarios. Así, ajustando nuestro objeto de estudio a categoría como la de *espacio*, tenemos que determinar que la parte arquitectónica y la infraestructura se convierten en texto cuando hablamos de los antros; mientras que entendemos al *lugar* como un sitio configurador de identidades (y aquí aceptamos la importancia del estar que propone De Certeau), categorías que estarían poniendo énfasis en la dimensión simbólica, pero también en aquella forma en que se asume y apropiá un antro.

A partir de esto, abordar el aspecto *territorial* y la *identidad*, sentimos es lo conducente, pues si tradicionalmente fue considerado lo pura-

mente geográfico para determinar las tales categorías, cada vez lo simbólico impacta más en su reconfiguración. De tal forma, el territorio ha pasado a convertirse en un espacio con asignación geosimbólica en voz de Gilberto Giménez (Giménez: 1996). Y sobre él se sientan las bases para determinar los sentidos de pertenencia que regularmente dan pie a las identidades que asumen los distintos sujetos sociales que perviven en todo escenario estructurado.

Así entonces, es posible comprender el sentido de territorialidad que creemos encontrar en los llamados antros, pues en su dimensión cultural, al tiempo que se consume se objetiva; pero lo mismo se subjetiva a través del sentido de pertenencia manifiesto en el deseo, el gusto y cualquier otra forma de interiorización de lo “externo” que el actor social realiza. Cuestión configurativa de las varias identidades posibles de hallar en un antro, si se toma en cuenta que la diversidad de agentes localizables allí, legitiman y trazan fronteras que esbozan estilos, asignaciones, lo mismo que identidades. Así, el *antro* es territorio localizable, diseño objetivado gracias a comportamientos y prácticas culturales que signan características de grupos sociales con *voz e imagen*.

Trasladado lo simbólico, expresivo y emocional al antro, como formas que dan sentido de pertenencia y donde persisten referentes socioculturales (Giménez: 1996), démonos cuenta que allí, cada individuo, cada grupo asistente define y autodefine *su territorio*; proceso identitario que, siendo producto de múltiples entrecrucos y formas de adopción y aprehensión de lo externo, se decodifica y asume, se construye y reconstruye a fuerza de ser, mirar, vivir, compartir y sentirse presentes, vitales, con memoria.

Por otro lado, en el ejercicio de aproximación que hemos hecho, acudir al término *identidad*, debe obligarnos a dejar poco más o menos claro qué queremos referir con ella. Así, reconoczamos en la identidad la idea de una distintividad cualitativa que sitúase socialmente, con base en criterios como la pertenencia, los atributos, la narrativa, la memoria.

Llegados aquí, debemos hacer mención que la identidad no se debe entender como algo esencial e intrínseco al sujeto, sino todo lo contrario: es intersubjetivo y relacional en la medida que se adquiere como autopercepción de un sujeto en relación con los demás. Si tomamos como referente esto, tendríamos que decir que, en el caso de los distintos actores que acuden a un antro, es posible hablar de un territorio que va definiendo identidades entre los asistentes, en la medida de no ser nunca los mismos aquellos que acuden a un salón de baile salsero, de aquellos que prefieren el son, aún cuando pareciera el mismo tipo de música. Efectivamente, son espacios donde el cuerpo con toda la cachondez del trópi-

co se mueve, pero donde los mismos escenarios y la interacción entre los asistentes de acuerdo a su oferta cultural, conceden cierto tipo de distinguibilidad. Allí, la identidad de un actor social emerge y se afirma sólo en la confrontación con otras identidades al pasar por el tejido de interacciones puestas de manifiesto.

En otros términos, tales actores sociales, ubicados en antros específicos, piensan, sienten, ven las cosas desde el punto de vista del grupo al que se integran y reconocen. Distinguibilidad que deviene representación en la medida que ella permite que

los individuos (internalicen) en forma idiosincrática e individualizada las representaciones sociales propias de sus grupos de pertenencia o de referencia (Giménez, 1997:8).

Con base en lo anterior, estariamos en posibilidad de hallar los cauces por donde navegar para reconocer en el *antro* un espacio capaz de dotar no sólo de sentido de pertenencia al sujeto, sino de ser también forjador de identidades sociales en la medida de entregar al usuario "alternativas" para valorar y otorgarle al lugar el significado pertinente. Sean estereotipos o estigmatizados, lo cierto es que existe un juego de asignación entre tales escenarios y los sujetos actuantes; pues si bien es verdad que el agente es quien objetiva sus prácticas, también lo es que son los antros quienes brindan esa oportunidad al encontrarse ubicados en determinadas angulaciones del tejido urbano.

Antes de concluir creemos conveniente plantear en esta parte del trabajo la categoría de *interacción*, asidero conceptual pero lo mismo práctico para entender las formas de "estar" en un antro. Porque algo es claro, incluso en un antro, con todo y la "simplicidad" del momento, se confirma una estructura, pues "el encuentro social más corriente, normal y rutinario se construye a partir de la observancia de una estructura mínima de tipo social, cuya definición es el resultado de una estipulación (...) por parte de los participantes" (Wolf, 1994:34).

No pudieramos avanzar si no señalamos algo: en las zonas nocturnas en general, y en los antros en particular, se determinan situaciones sociales sujetadas en el tiempo y en el espacio, encuentros fortuitos que bien cumplen con ciertas estructuras. Así, en un antro podemos deambular de lo tangente a lo simbólico, de lo contingente a lo rutinario ritualizable; de tal forma que se entreteje una compleja red comunicativa que expresa distintos intercambios entre los asistentes a este tipo de lugares.

Un antro, así visto, es un contexto al interior del cual se ponen de manifiesto interacciones, donde los sujetos en encuentros cara a cara y cuerpo a cuerpo, cumplen roles, configuran sistemas simbólicos, van determinando mecanismos, estructuras y prácticas afines a la situación y

a la demarcación espacial, “que constituye a la vez un referente, un sistema convencional y un orden que hace posible el intercambio y le otorga sus mayores significaciones.” (Marc y Picard, 1997:75).

Precisamente en la enunciación de “intercambio” y “significación” encontramos los aperos conceptuales que nos llevan a redimensionar el encuentro en los antros, pues aquí emerge la condición comunicativa como articuladora y constitutiva de la interacción, misma que, como dice Giddens, consta de tres elementos fundamentales:

su constitución con carácter de sentido; su constitución como orden social; y su constitución como la operación de relaciones de poder.
(Giddens, 1997:129).

Lejos de querer desarrollar las tres tesis que propone el autor, por ahora nos interesa retomar el carácter provisto de *sentido* que constituye la interacción, pues precisamente allí reside la importancia de tal como producción comunicativa, pues sujeta a las contingencias del encuentro en un antro, la interacción se manifiesta en ese tiempo y en ese espacio. Recordemos que Giddens reconoce que el “sentido” se negocia de modo activo y continuado; lo que supone que la interacción no sólo es comunicación programada, sino dinámica y revitalizada en cada uno de los encuentros (Giddens, 1997:139).

Relacionado con esto, pues, reconocemos el acto comunicativo como ejecutor primordial de las acciones y las formas validadas que, en tanto prácticas sociales, dan cuenta de lo que pasa en los antros porteños.

De sitios y su gente una cierta mirada

Cruzar el umbral nocturno para irse a asomar a algún antro en el puerto de Veracruz, es darse cuenta que allí se ponen de manifiesto una serie de acciones que bien hablan de la parte lúdica que puede caracterizar al ser jarocho. Así, yendo del centro a la periferia urbana, para volver y escondriñar a escondidas algunos antros, es reconocer que estos espacios, de acuerdo al área donde se encuentren ubicados, serán en mucho, el tipo de diversión que oferten.

A continuación, buscaremos tejer un análisis que nos aproxime al sentido de apropiación y las formas de operar en cada una de las tres zonas que conforman nuestro *mapa nocturno*, no sin señalar que estamos explorando sólo seis espacios.

• El caso de la Zona Centro

Ubicados en la zona centro, allí donde hemos seleccionado La Tasca Colonial (sito en Los Portales) y El rincón de la Trova, lo primero con lo que tropiezan nuestro ojos es el reconocimiento que en estos sitios se da a la tradición: en el caso de La Tasca, su nombre remite a la memoria matrícula, la misma que tasa rasgos de pertenencia a partir de la representación de una madre recobrada. Nos referimos a lo que para un buen sector de la sociedad veracruzana representa España. Sabido es que en el puerto existe una importante colonia de ese país, así que una lectura primera se orienta en ese sentido, en la medida de ser un lugar que garantiza un virtual regreso a los orígenes idílicos. Decimos esto ante lo evidente que es la presencia de actores sociales que no sólo encuentran razones de ser en este reducto espacial, sino en las formas de hacer explícitos comportamientos que validan un origen de cuna.

Mientras que en el caso de El Rincón de la Trova, la memoria recobrada da cuenta de la sangre, al ser un sitio donde el aliento caribeño se respira, y la vuelta a un pasado habla de lo que el jarocho fue y en el recuerdo sigue reconociendo. Particularmente hacemos referencia a todo lo que significa la música afrocaribeña, sobre todo el llamado son cubano, el mismo que entrara por aquí y tomara arraigo en un puñado de barrios donde su gente convirtiéra en elixir sonoro que todavía perdura y permite la existencia de espacios como el nombrado y sujetos como los que cada fin de semana acuden a tal lugar para dejarse deslizar por el recuerdo, la nostalgia, en tanto forma validada para dejarse *ser*.

Por ejemplo, en el trabajo realizado, resultó significativo reconocer la importancia de las mecánicas de diversión de un sitio como La Tasca colonial, lugar de tránsito nocturno, al detectarse que muchos de los jóvenes asistentes, han encontrado en ese lugar una suerte de estación nocturna, al cual llegan, pernoctan unos instantes y van al encuentro de otras realidades. De rasgos finos, guapos ellos y lindas ellas, de buen vestir por donde se vea (por lo menos en un *look* que expresa distinción), muchos de estos chavos prefieren ocupar las mesas centrales ubicadas en la parte de afuera del antro; lo que les permite ser un centro de atención, además de tener un dominio sobre el escenario: de allí pueden ver y ser vistos. Lo que termina por guardar especial significación cuando vemos a la luz de *sus* relaciones con los objetos que dan soporte y sentido a muchas de sus prácticas.

Un elemento importante en el proceso relacional entre objetos y sujetos en este antro, son las bebidas que se consumen, prevaleciendo las cervezas "ligeñas" que vehiculan generacionalmente tanto a hombres

como mujeres. Así, en número no mayor a cuatro cervezas, los cigarrillos de cajetilla dura, van y vienen creando una red de sentido que hablan por sus consumidores. Artefactos codificadores que dicen sobre las alternativas de diversión de este grupo social.

Sin embargo, hay que decir, aún cuando es importante el número de jóvenes que acuden los fines de semana a La Tasca colonial, también lo es que otros de mayor edad, suelen visitar este sitio. Señores, hombres de negocios, que allí encuentran un lugar para la convivencia, pero igual otros, aquellos que acuden en familia, con sus esposas e hijos a partir algunos momentos.

Si tenemos que hablar de las bebidas, tendríamos que reconocer las preparadas: desde un ron a un sofisticado aperitivo. Estos consumidores, son sujetos que no tienen un horario de llegada como puede ocurrir en el caso de los jóvenes, quienes hacen de las 21 a las 22 horas su tiempo de arribo.

Otro aspecto significativo, son los procesos dialogales que aquí se establecen. En el caso de las personas adultas (familias sobre todo), la forma de comunicación se va articulando a partir de la dinámica impuesta por el hombre "de la casa", quien mantiene la armonía y el ritmo (incluido los silencios y la ruptura de ellos). En el caso de los jóvenes, los procesos discursivos son desestructurados, sin orden; mientras que en el caso de los silencios, su significado es un tanto más profundo en la medida de ser "voz" pronunciando.

Como podemos darnos cuenta, el ejercicio comunicativo en tanto forma de vincular las acciones, tienen una articulación distinta. Mientras en el primer caso se sigue un dominio patriarcal, en el segundo podemos decir el proceso es caótico, que destruye lo que de orden debe imponer en todo espacio circunscrito por el diálogo. Con ello, estaríamos acudiendo a un orden válido de funcionar en los procesos y las prácticas que los jóvenes aceptan. No así en el caso de los grupos adultos, donde lo vertical/viril es el signo de convivencia y el que fragua y da sentido a las dinámicas de diversión.

El otro aspecto al interior de la acción comunicativa, es la utilización del *silencio*, elemento que lejos de no informar, sugiere una lectura intuitiva que se puede fundamentar en la comunicación no verbal. Pues si es cierto hay ausencia de la oralidad, otras formas comunicativas florecen: miradas, posturas, gestos, movimientos de manos, suplen la presencia de voz. No obstante, habrá que zanjar las correspondientes distancias: en el caso de los jóvenes, por ejemplo, los cuatro elementos señalados arriba, se dimensionan al analizar el contexto y los sujetos observados, pues una característica de los jóvenes es cómo integran estos ele-

mentos, donde se abandona lo explícito, para hallar puerto de llegada en las implicitaciones. Desde cómo toman el cigarrillo, hasta el momento en que dejan salir el humo con la barbillá levantada y pasean sus miradas alentadas por sus acompañantes y aquellos que de pronto cruzan por su horizonte. Ataviadas al clamor de los días, las mujeres pasan la estafeta a los hombres, cada vez moviéndose más en la sofisticación androgina por su cabello "engelatinado" y sus depurados rostros; ellos y ellas, se expresan así, sin decir palabra pero gritando de algún modo hasta que, por unos instantes, algo los saque de este estado, y dejar escapar sus risas lúcidas.

Mientras tanto, el silencio del entorno familiar en este antro es provocado por otras circunstancias, tales como la ausencia de temáticas compatibles, inclusive de vanalidades que surgen en el silencio (las que seguramente sí encuentran, muchas veces, los jóvenes). Lo cierto es que de pronto, un silencio de esta naturaleza se siente un tanto más que entre los jóvenes: aquí la inexistencia comunicativa lleva a tejer prejuicios, que ahora no sabemos, pero que por lo menos son invitación constante. Y decimos que es "grave", porque en este caso no encontramos otras formas expresivas que respondan a la situación observada ni siquiera la mirada esquiva de una mujer que vaya detrás de alguna acción alcanzable o el mismo acto ejecutado por el varón que pueda dejarse llevar por alguna fantasmagoría urbana.

Como corolario tendríamos que mencionar que el accionar en el caso de las mesas ocupadas por hombres, las cuales tienen otras dinámicas, aún cuando en el papel es un grupo homogéneo y su discurso un tanto endógeno, la diversidad discursiva puede activar formas de diversión ricas en términos prácticos: las bromas (que también están presentes en los otros grupos), la conveniencia sexista, lo relajado de la situación. Y si bien es cierto que por momentos existe el silencio, también es radicalmente diferente, apenas perceptible.

En cuanto a la interacción objetual-práctica, es común ver el papel que juega la adquisición de una botella, mucho más fácil que entre los jóvenes (y ahora hablamos de varones adultos). Es cierto, también se consume cerveza, pero da mejores "resultados" por los costos o la parte degustativa, solicitar una botella. Además lo que denota frente a los vecinos de asiento y de mesa, sumándole la idea que, a la larga, resulta más barata, que consumir "de una en una". Así, esta es una aproximación al antro La Tasca Colonial, luego volveremos sobre otras cosas que se vinculan con el análisis que faremos de El Rincón de la Trova.

En el caso de El Rincón de la Trova, lo primera que debemos decir, es lo afortunado que para muchas personas de edad avanzada resulta un

sitio como este. No tengamos dudas, aquí en Veracruz, es el único en su tipo. Lugar de ruptura con la modernidad, la vuelta al pasado en este sitio pone al servicio de quienes se quieran divertir, un repertorio de música para la nostalgia, misma que termina por forjar una especial forma de identidad pocas veces visto en otros lugares, a partir de la apropiación física y simbólica que se hace de este antro.

Su gente, en algunos casos “la misma” que ayer contribuyera a la consolidación del *son montuno* en el puerto, han hecho de este espacio, más que un centro de reunión los fines de semana. Es la ocasión para establecer relaciones con los “pares” que acuden allí, no sólo a través de lo que escuchan, sino también a la evocación vehiculada por ese sonar de los cueros y el tresillo que rasgan en la noche, para, de ella, recobrar una memoria que no ha desaparecido; todo lo contrario, cada fin de semana se manifiesta presente.

El Rincón de la Trova y su gente, son la constancia del sentido y las formas de operar de aquellas prácticas particulares que se erigen a propósito de un espacio consagrado al recuerdo. Es designación de un territorio hierático que un puñado de asiduos participantes han construido para no sólo *estar* sino también *ser* a través de este antro que cincela en su cuerpo y su mente una cierta “distinguidabilidad”. La misma que se mira en esas vestimentas, intentos de portefino, que demuestran que los *dandys* y las *damitas* hoy todavía son, aun cuando sean diferentes.

Pararse a “degustar” lo que allí ocurre, es darse por enterado de una liturgia que inicia en el umbral de las 22 horas, cuando poco a poco se comienza a abarrotar el lugar: llegan en grupos heterogéneos, mujeres con mujeres, los chavos con sus novias y sus suegros, el señor con su familia –incluida la menor de edad que no tenía porqué quedarse en casa. Pero cuando líneas arriba comentábamos sobre los *dandy* y las *damas*; además del significativo vestuario, es porque en este sitio el rango de edad rebasa los cincuenta años, lo que no quita que acudan algunos jóvenes, pero que tienen algo entre sí: o bien pertenecen a algún grupo de danzoneros, o igual son aspirantes a soneros. sean del “vecindario” o hayan venido de “paso”.

Todos en común, tejen sus interacciones a partir del sentido de pertenencia. Podemos decir que no hay desconocidos, ni siquiera los “extranjeros” funcionales que de vez en vez llegan allí, pues de manera inmediata, el arropo al ritmo de la tumbadora y las claves, dan cuenta de una iniciación obligada que puede ejecutar cualquiera de las mujeres “mayores” que encontramos, a través de invitarlos a bailar o ir envolviéndolos con sus danzas.

Este acto iniciático, es el que ha permitido un cierto "enamoramiento" por el lugar, pues es poco común un recibimiento tan cálido y personal en este tipo de sitios. Cuestión de reconocimiento de alteridades en un territorio que concede lugar a otros que, como los ya existentes, tienen en común el gusto por la música venida de "cubita la bella". Así, espacio y música, trascienden sus límites conceptuales, para resemanizarse y convertirse en soportes donde se erige el sentido de territorialidad y se configuran las identidades de esta gente. Viejas y nuevas... nuevas formas de darle cauce a viejas necesidades.

De tal suerte, la territorialidad que descubrimos en El rincón de la Trova responde a una configuración donde el elemento geográfico, pero sobre todo simbólico, dota de pertenencia a esos sujetos sociales que allí coinciden cada noche de fin de semana. Y decimos cada fin de semana, porque efectivamente, los asistentes allí registran un acuerdo tácito de volver a ser cada ocho días. Unos pueden llegar y dejar de verse por un tiempo, pero son los menos, y lo que es más significativo: tarde que temprano regresan a esa suerte de *matria* que les concede una identidad que la modernidad les "desdibuja" cada día.

Para cerrar este apartado dedicado a la Zona Centro, no podemos dejar de reconocer los encuentros y desencuentros entre los antros analizados: al hablar de cercanías, tendríamos que remitirnos al significado que puede tener la identidad en ambos lugares. Mientras que en el caso de La Tasca Colonial es clara la manifestación de pertenencia a propósito del *status* que concede el sitio en términos materiales, donde lo visible se sofistica a partir de la identidad-nOMBRE de muchos de sus asistentes. En el caso de El Rincón de la Trova, la identidad cobra un sentido distinto. Aquí no importa tanto quién eres ni de dónde vienes; lo importante es que eres común a los otros, alteridades circunstanciales si queremos, pero consolidando una imagen, una distinción, pero que en la constancia tienen otro sentido.

Lo mismo podemos decir en el caso de la territorialización, pues en ambos casos, los grupos sociales trazan demarcaciones geosimbólicas, que sientan las bases para dar significado y ruta de pertenencia a estos viajeros urbanos que cada noche de fin de semana, ocupan un instante de su vida para pertenecer y reconstruir un espacio pensado para la diversión, pero que, como hemos visto en el caso de ambos antros, tienen un sentido más profundo en la medida de formar parte de esas representaciones sociales que distinguen a los determinados grupos que allí son observables.

• El caso de la Zona de la Gran Barra Nocturna

A punto de entrar en el análisis de la segunda de las zonas investigadas, no podemos dejar de pensar en lo mucho de simbólico que puede tener esta región, en la medida de haberse construido a partir de una serie de representaciones que de ella puede tener el jarocho. Pero busquemos que ella misma nos lo diga.

Uno de los centros de diversión entre el público joven del puerto de Veracruz, es sin duda la discoteca Ocean, gracias a lo cual ha permitido mantenerse, aún con los embates de la crisis. Así, cada noche de fin de semana en que tuvimos ocasión de acudir a ella para indagar sobre los rituales entrelazados allí, pudimos observar ciertos comportamientos que en la constancia pasan a designar ritos de socialización que dan sentido a las formas de convivencia y que exteriorizan una dimensión, incluso estructurante, de lo que es divertirse en este antro.

Desde la llegada inicia un proceso que poco a poco va siendo un texto decodificable. El advenimiento al lugar puede iniciar una hora antes de la media noche; sin embargo, esto no quiere decir *entrar a la disco*, sino aparcase en la entrada a esperar, lo mismo a que el tiempo se consuma, pero igualmente al otro o los otros que tienen que llegar "porque se quedaron de ver afuera de la disco". Y esto, termina por convertirse en una suerte de romería posmoderna, donde la acera y los metros de asfalto frente a Ocean son ocupados por los autos que van llegando sigilosos, que se detienen pero igual se siguen de largo. Mientras, los chavos y chavas ataviados en sus mejores galas los unos, y en lo que mejor les acomode –aunque no sean para lucirse–, los otros, van significando ritos de entrada que después reconfiguran estando dentro. Ambos elementos significantes, las prácticas y los objetos, con y a través de los cuales mantienen relación estos sujetos sociales, forman una comunión "potente" que signa particularidades en las noches de disco jarochas.

De cabellos oscuros, rubios, castaños; cortos, largos; naturales, teñidos; de piel bronceada o al natural; vestidos de negro, rojo o verde; de minifalda o vestido corto; de mezclilla, en camisa o *sport*, estos jóvenes (y en muchos casos también adolescentes, si consideramos su minoría de edad tallada en sus rostros todavía infantiles), hacen de la disco un espacio de convivencia ritualizable. Ante esta forma de entender una parte del proceso de diversión al que ellos apuestan, se abre la posibilidad de comprender mejor las maneras comunicativas en que dan cuenta de sus formas de ser, aun cuando veamos más adelante, como es significativo en esta disco la ausencia de diálogo entre los concurrentes.

Una vez que se ha cruzado el umbral que divide a la calle del interior de la disco, nuevamente se inicia un "relato de vida nocturno" a partir de los comportamientos que asumen los jóvenes asistentes. Desde el momento en que te asigna *tu* sitio el responsable de acomodarte, ya has entrado a una dimensión identitaria: según si reservaste o llegaste a la aventura. lo cierto es que inicias un proceso de aprendizaje para determinar quién eres a partir de ese instante. Rito de iniciación si eres nuevo en "esto", pero ya asumido si eres un viejo comensal en estas lides.

Rito en escena que se reproduce a partir de las formas en que se saludan: significativos no son los besos, al menos que sea en ambas mejillas, en tanto ejecutante de un acto poco normal en témninos culturales, esta acción identifica a aquellos jóvenes de abolengo familiar. Por lo demás, el estrecharse las manos seguido de un fuerte abrazo entre los hombres, incluido el golpearse la espalda y dejar escapar una sonrisa muchas veces ensayada, forma parte de un equipamiento práctico puesto al servicio del momento. Canalizar estas acciones, es echar mano de ciertos códigos comprensibles entre los asistentes, quienes operan a partir de expresiones que no necesariamente se fundamentan en el uso de la palabra. Por lo demás, cabe señalar que el ejercicio dialogal, en muchas situaciones permanece ausente. Incluso entre las mismas parejas que acuden a pasarlo bien. En cambio, la relación entre el sujeto con los objetos, es mucho más plena: sea el cigarrillo, la bebida, la música, la mesa que ocupa, se convierten en canales de expresión que encuentran anclaje en los llamados ritos de pertenencia que usan estos jóvenes para dejarse "ver", por no decir que oír.

Otro elemento significativo en el interior de esteantro, son las formas estructurantes en que crean sus rutinas de baile. La columna separando hombres de mujeres y trazando itinerarios dancísticos sobre la pista, son rituales asumidos con memoria. Efectivamente, no es extraño ver cómo alguien se sale del "script", pero tarde que temprano se integra a él, que vence y convence de la necesaria articulación ritual. A esto podemos sumar las formas de proceder para "invitar" a bailar a una mujer: casi siempre el estruendo sonoro producido por la música, lleva a que la invitación sea en silencio, con una sonrisa que busca ser complaciente. Hecho esto, van rumbo a la pista sin decir mucho, con la mirada perdida y donde el acercamiento casi nunca va a existir, las condiciones operantes y los ritos convenidos así le dan sentido.

En Ocean, los ligues se dan de "común acuerdo". Los actores desempeñan cada uno su papel para hacer más valedera la noche. No hay sorpresa, no existe contingencia, no hay cruce de caminos afortunados: se entra en el rito del ligue con la ejecución a priori de algo que termina-

rá por no ser. En otras palabras, la chica que acepta el flirteo lo hace en términos de jugueteo, no siempre pensado en el feliz encuentro de un compañero de ocasión. Hay amenazas externas que resquebrajan el idílico momento del ligue tan común en otras épocas. No estamos claudicando la posibilidad, únicamente decimos que cada vez es más difícil que una chica y un chico lleven ese escarceo sexual a una feliz conclusión. Esa parte básica de los encuentros nocturnos en otros sitios, se deja para otra ocasión: en pie, las furtivas miradas y las sonrisas ancladas en "rostros" tantas veces ensayados. Cuestión de maneras, asuntos de ritos nocturnos en una discoteca.

Esto dicho en la discoteca Ocean, quizá lo podamos encontrar en otros espacios donde la diversión también gira alrededor del baile. A continuación haremos una aproximación al salón de baile Chévere Cocó donde buscamos indagar sobre actitudes y procesos de negociación.

Si afuera es regocijante ver como copulan las estrellas en la noche jarocho, aquí, dentro de este antro, en verdad que resulta generosa la ocasión de acudir a una caótica forma de divertirse si lo comparamos con la discoteca. En el caso de este antro jarocho, la misma condición de contar con un grupo en vivo, ya hace las cosas diferentes: la música, lo desordenado-ordenado de las mesas, lo reducido del lugar que obliga al "apretón" en muchos sentidos, ejercen condiciones significativas sobre este apresurado entramado social. Así, si hablamos de lo caótico de las mesas, esto termina por encontrar sentido con lo desordenada que es la asistencia a este antro, pues en este salón de baile para salseros, quien quiera llegarle, lo puede hacer apenas entrada la noche. Es cierto, aún cuando en Veracruz la diversión "real" inicia poco antes de la media noche, en Chévere Cocó, las cosas se dan distintas tanto a la entrada como a la salida.

En este tenor, la actitudes asumidas por los asistentes se diversifica en la medida de mostrarse con más claridad lo transgeneracional, pues a él acuden desde un joven que bien podría estar en la discoteca, a un señor que por lo común se encuentra en otro tipo de lugares. El espíritu que complementa esta condición vivencial, tiene que ver con la oferta que hace este centro a los viajeros nocturnos, pues en este caso también se tiene que señalar la presencia de un puñado de meseras que van entre mesa y mesa repartiendo y departiendo con los comensales. Pero que no extrañe: esa diversidad de públicos que encontramos aquí, no es sólo masculino, también lo hay, y en un número importante, el femenino que acude en grupos de amigas con la intención de pasar un buen momento. Y, por supuesto, algunas de ellas en pos del mejor postor.

Con esto queremos decir que, en Chévere Cocó, la propuesta para la diversión es apropiada por aquellos que quieren encontrar una alternativa distinta en la diversión. La misma que permite detectar en las miradas el descubrimiento, el roce, el llamado, la sonrisa y el extendido de mano que se ve coronado con el casamiento corporal cuando una fémina ha aceptado bailar con un hombre, muchas veces desconocido; quién la atrae a él, en "cortito", haciendo gala de un cachondeo provocado por el ritmo de la música que allí escuchan.

Porque ese encuentro si algo garantiza, es la posibilidad de extender el momento, para pasar del escenario dancístico al comportamiento de la mesa. Y de allí, hasta donde el atrevimiento y la imaginación lo permitan, después de todo, la aceptación para bailar de alguna u otra forma tiene que ver con el reconocimiento de un juego que raya en la negociación de un tiempo compartido. A partir de aquí, la armonía entre las parejas de baile, puede ser el preámbulo para entrar en la dimensión lúdica de este tipo de situaciones: los juegos de manos van dando cauce a una actitud que terminará por "acodarse" en la proximidad susurrante de un hombre atrevido, pero también de una mujer aguerrida a la caza de un varón que sabe "herido": brazos estrechando los cuerpos, manos recorriendo los muslos por debajo de la mesa, lengua que busca calar en el oído, dedos que recorren las espaldas erizadas, sonrisas que convienen, miradas que denuncian un acuerdo, lenguas que se entrelazan, fluidos corporales que se mezclan para hacer de las interacciones sociales, fundantes de un proceso que, en las prácticas, dan razón de *ser* de un lugar como este.

Entendamos: estas actitudes que desdoblan procesos negociados, particularizan al sitio, que es muy parecido a otros, pero diferente, tanto en forma como en fondo. No sólo por la infraestructura, sino por la calidad de quienes acuden a divertirse aquí. Gente que ubicamos dentro de una clase media, pero que allí reunidos no sabemos si vienen del norte o del centro, de algún barrio típico o uno de la periferia. Lo intenso de la situación es cómo son aceptados el puñado de códigos, los equipamientos simbólicos que van poniéndose en práctica a lo largo del momento.

Todo esto es posible encontrarlo en Chévere Cocó, espacio lúdico donde las actitudes y los procesos de negociación, signan mucho de lo que es el puerto jarocho y su gente: una región donde el calor humano produce formas de socialización específicas, que terminan por configurar el sentido que el sujeto le da a sus distintas formas de diversión. Con lo anterior, tratamos de decir que, en este lugar, se dan mecanismos de interacción validados por los participantes de un microuniverso, que en la acción dan cuentan de itinerarios simbólicos que han sido trazados y

construidos por los mismos hombres y mujeres que asisten a este antro, y que mucho tiene que ver en cómo es el jarocho en su cotidianidad.

Tanto Ocean como Chévere Cocó, son dos sitios para ir a bailar de manera exclusiva; en ambos se consume alcohol, en los dos se presentan articulaciones de sentido a partir de la naturalezas de sus espacios; pero igual en ambos, se ha mostrado cómo proceden sus actores sociales en situaciones específicas, cómo trazan rutas, itinerarios para darle sustento a sus prácticas sociales, las mismas que tarde o temprano terminan por dar razón y sentido a sus formas de diversión. Curiosamente, en una zona nocturna que si algo tiene, es su naturaleza transitoria, por ahí se "pasa" para llegar a cualquier parte del puerto.

• El caso de Marginales en el Centro

A punto de terminar esta andanza nocturna por el puerto, donde hemos tratado de realizar una análisis de *los usos del espacio nocturno en el puerto de Veracruz*, a partir de la exploración de 6 antros jarochos, estamos por llegar a puerto, y por ahora vamos a exponer algunos de los hallazgos realizados en la tercera de nuestras zonas de estudio; para lo cual, hemos considerado dos sitios comunes entre sí por el tipo de oferta "marginal" que proponen: Kokai y Lencerías, donde investigamos sobre *comportamientos y procesos de negociación*, respectivamente.

Ubicado cerca de la central camionera, se encuentra el Kokai. Como se mencionó en la parte metodológica, es un sitio dedicado al *table dance*, espectáculo mayoritariamente masculino, pero no quita que, en alguna ocasión, podamos ver mujeres acompañando a sus parejas. Dicho esto, aclaremos: la intención es analizar comportamientos, pero no dejamos fuera el cruce con otro tipo de categoría abordada en otros antros.

Como ocurre en estos sitios, los hay quienes prefieren ubicarse cerca de la pasarela: hombres que casi siempre van en pareja o en grupos de amigos, mientras que aquellos que suelen ir a las áreas más apartadas, casi siempre van solos. Como quiera, estando allí la intención deberá ser, mirar-admirar a esas mujeres que toman por asalto una pasarela, reconvertida en sitio para la exposición de una piel desnuda, que se muestra franca, grosera, sedienta, deseable, viva.

Ver a "Jennie", a la "Barby", a "Samantha", tal cual el deseo las piensa, son una de las cosas con las que el imaginario masculino juega cada noche al final de una jornada laboral en el puerto jarocho. Hombres que van de los 18 a los 40 años, de nivel medio sobre todo, tienen la oportunidad sublime de poner ante sus ojos, los cuerpos, los pechos,

los sexos de aquellas mujeres que al ritmo de la música de moda, van desnudando sus carnes, mostrándose exquisitas, burdas, juguetonas, erotizantes, sexuales.

Ver cómo al paso del licor y los momentos, los hombres van asumiendo comportamientos que en otros casos, sería difícil ver. Allí, recostados sobre la espalda de un sillón, descansando su cuerpo, los hombres van en busca de algo que convoca: el sexo de ellas, esa parte íntima mostrada sin pudibundez, el mismo que se abre con los dedos para que pueda ser visto y deseado por esos hombres apostados alrededor de las pasarela. Porque esperar los largos minutos en que ellas se mueven aún vestidas, siempre se verá premiado con un calcetín que vuela por los aires, o es colocado en el rostro de algún "fauno" con sed, que se regocija y lo pasa por su cara y lo huele.

Esperar a que descienda del tubo acerado, es darse cuenta de cómo se posa sobre la "tierra" una fantasía encarnada en un mujer que abre las piernas para que vean por dónde han nacido ellos: un complejo galopante que de pronto se asoma en aquél que rehuye la mirada y muestra una sonrisa inquieta: no así en los otros, aquellos que prefieren mirar, sin temor a "encontrarse" en esa cavidad rojiza que deja entrar un dedo, para después pasarlo por los labios de aquel que con suerte ha sido seleccionado.

Hablar de comportamientos en este antro, es penetrar en un mundo que se sabe existe pero pocas veces es nombrado: las ganas y los deseos reprimidos de los hombres, que estallan cuando la chica que hace unos instantes danzará en la pasarela, ahora entra en una cubículo de cristal transparente para dejar que su cuerpo sea limpiado por el agua que corre de una improvisada regadera. Verle ese cuerpo empapado, cómo enjuaga sus partes íntimas, termina por provocar las ancias de algunos asistentes que, pegados al cristal, sacan su lengua y la juegan simulando un *fellation*, mientras ella abre su sexo y lo restriega contra el cristal. Así una y otra irán pasando, hasta que algún asistente ha decidido a quien desea para que le haga su *table* de cortesía.

Ahora corresponde dejarse hacer. Reprimir las ganas de tocar a esa mujer que a horcajadas sobre él, restriega cada parte de su cuerpo. La ansiedad hecha mirada lasciva, es lo único que puede llegar a rozar esa carne; el deseo no se esconde, se deja ir en la mirada viril. Contacto que termina por provocar una excitación que evidencian las telas empinadas de los pantalones. A continuación, irse a arrellanar en el fondo de un asiento, dejando que los amigos reaccionen, vacilen, se burlen; le palmeen la espalda, le disparen unas "chelas"; lo inviten a que pruebe con uno privado: más cachondo, más libre... más excitante. Pero si se va

sólo, conformarse a volver a sus asientos para ver cómo otros igual que él, ven y "disfrutan" de ese espectáculo.

Comportamientos como estos, acompañan cada noche de fin de semana a los lugareños que asisten al Kokai, hombres que por treinta pesos, tienen la ocasión de ver a mujeres que de otra forma quizás no encontrarían. Saber a qué se va, saber qué pasa por sus "cabezas", a dónde llega su imaginación, qué les gustaría hacer con esos cuerpos ofrecidos por momentos, es explorar en las mentalidades de estos hombres. Creemos que, en tanto participantes de espectáculos como estos, de alguna forma se puede entender algo que explique o comprenda el sentido de esta opción de diversión, tan de moda en lo últimos años en el puerto de jarocho. Cuestión de formas, de ofertas que la ciudad brinda y se consumen; de *usos del espacio nocturno en el puerto de Veracruz* que operan y dan sentido a los mecanismos de interacción en esta geografía urbana. Así son algunos modos de vida, así las maneras en que los actores sociales dan cuenta de sus acciones. las mismas que a la luz del análisis pasan a formar parte de eso genérico llamado constructo social, aun cuando se erijan en un antro.

Como corolario, busquemos entrar en otra de los espacios que el lugareño jarocho tiene para pasarla bien un fin de semana. Muy parecida esta diversión a la anterior por lo que significa la exposición de la carnalidad, nos encontramos con Lencerías; ese que considero el lugar de los sueños materializados, el mismo de los lugares comunes y la explotación de la libido a través de la exposición de un rambillete de *clisé*: las fantasmagorías que inician siendo estas mujeres ataviadas en ropas íntimas y provocadas por las luces fluorescentes, suponen la materialización de una serie de deseos tradicionalmente presentes en el imaginario masculino. Para buscar entender una parte de eso, nos interesamos en los *procesos de negociación* que en este antro pudieran describirse y analizarse.

Se deja atrás el día, y con esto, la posibilidad de sacar adelante las fantasías que como hombres se tienen. Qué mejor que haciéndolo en un sitio donde de pronto entrar es darse por enterado que algunas fantasías eróticas se pueden cumplir. Llegar a Lencerías, es sacar de algún manual las formas para establecer contacto con una mujer que está allí para "atender al hombre". No se va a flirtear, ni a ligar, se va allí a tomar cervezas o licor y a disfrutar de la presencia de mujeres en *lencería*. Cuál se prefiere: de encajes, con ligueros, *baby doll*, *negligé*, allí se encuentran. Lo importante es llegar.

Y el proceso inicia desde el momento en que el asistente se apersona. Una chica con un diminuto *brassiere*, te entrega la carta, al rato vuelve

y pregunta qué tomas. En una sonrisa siempre a flor de labios se revela la obligada invitación, si se es vivo y además dispones de algo para gastar, prácticamente el asunto está cerrado. Pero en ocasiones no es tan fácil, sobre todo si la chica ya atiende otra mesa.

Miradas inquietas, coquetas, sugerentes las de ellas. Las de ellos, sacadas de un viejo magazine, pero yendo más allá, porque estar ahí te da ocasión de mirar entre sus pechos, de tocar su trasero, de sentártela en las piernas; de invitarla a bailar y así poder sentir su cuerpo, oliendo un perfume que se pierde con el aroma de su carne sudorosa.

El hombre que acude a Lencerías, sabe que puede tocar, mucho más que en otros sitios donde puede mirar más. La diferencia estriba no sólo en el contacto pleno, si no también en cuánto tengas para poder gastarte con ella. Mientras en un *table dance* ves mucho por poco, aquí por poco tocas mucho, pero a la larga gastas más.

El tipo de hombre que acude a esteantro, puede ser igual a otros, finalmente el sexo masculino busca alternativas para sacar lo que lleva dentro, sean ganas, deseos reprimidos, pero igual, fantasías que conduzcan un momento ese actuar restringido antes de caer la noche. Aquí, los *procesos de negociación*, son móviles que van estructurando un texto social, donde hombres y mujeres dejan ir a través de sus expresiones, de sus silencios, de cualquier forma de articulación significativa, sus vivencias, sus aceptaciones, sus frustraciones, sus mecanismos vitales que los convierten en lo que son de noche, en aquellos momentos, pero en ese espacio apropiado, objetivado, hecho entramado comunicativo.

Porque si en algo se llegan a encontrar estos dos antros, es precisamente en cómo se imaginan, se ofertan, cómo se inventan maneras para hacer explícitas las ganas y los deseos de unos, pero también cómo su asumen estos actos de conciencia práctica, reconociendo y asumiéndose como los elementos concupiscentes en este proceso circular de "compra-venta" de momentos convenidos.

Hasta aquí esta suerte de aproximación lúdico-analítica que intentó explicar cómo se usan los espacios nocturnos en el puerto de Veracruz. Lo que queda, es presentar las conclusiones que revaloren lo que de la teoría podamos decir en el marco de esta aproximación empírica.

El antro jarocho:
intentos por anclarlo en la teoría

Sabemos que llegar a un antro, es abrir ventanas a la imaginación, dejar escapar el deseo y enfrentarse a un mundo que de oídas o por referencia obligada se conoce; mucho más cuando llegamos a ellos provistos de lentes para mirar reflexivamente. Porque es darse cuenta que tales antros, por sus usos y costumbres, pasan de ser meros sitios de diversión para convertirse en escenarios capaces de dotar de lecturas que van de la apropiación territorial, a la construcción de sentido e identidades que en mucho tienen que ver los usos del tiempo y el espacio urbano.

Así, pensar el antro porteño es estirar las posibilidades de análisis para “atraerlo” como un territorio “fabricado” (Giménez; 1996:3) y reconocerlo como un producto que emerge de las acciones, los procesos de apropiación y por obvia razón, las formas de consumo allí manifestadas; donde sus usuarios identifican, conviven, delimitan, negocian, intervienen sobre él para transformarlo y enriquecerlo. De tal suerte, el *antro* pasa de ser un *lugar* donde puede existir una regulación y donde sus elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia, a ser un espacio tal como lo entiende De Certeau, en tanto lugar “practicado, producto de las operaciones que lo orientan, lo circunstancian, lo temporalizan y lo llevan a funcionar como una unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales” (De Certeau; 1996:129); donde cada actor/usuario, determina rituales, formas de consumo, maneras de operar, de integrarse a cada uno de estos sitios. Textos que son relatos, relatos que son prácticas del espacio.

En este sentido, el Mapa Nocturno trazado a propósito de nuestro estudio nos permitió detectar algunas características significativas que si bien es cierto son producto de la observación de seis lugares, también lo es que, a partir de ellos se pueden hacer inferencias que se reproducen posiblemente en los otros espacios.

Por tal motivo, considerar al antro como un espacio generador de mecanismos de interacción que nos habla de las formas validadas por los asistentes para asumirse participantes de un microuniverso, que en la acción dan cuenta de itinerarios simbólicos que han sido trazados y construidos por los mismos hombres y mujeres que asisten a tales lugares, no es sobreestimarlos, sino reconocerlos como un entramado nada fácil de abordar, donde podemos encontrar explicaciones que nos remitan al conocimiento de una parte de la cotidianidad del sujeto urbano jarocho.

Así, pues, el *antro* ha dejado de ser sólo el lugar de mala reputación, para ser un espacio forjador de identidades, es la resemantización de lo público social, es más que un rincón tributario al dios Baco. Decir antro, es

nombrar (un) territorio (y) asumirlo en una extensión lingüística e imaginaria: en tanto que recorrerlo, pisándolo, marcándolo en una u otra forma, es darle entidad física que se conjuga (...) con el acto denotativo. (Silva, 1992:48).

Y en él, como en tantos otros espacios propios del trazo y la cultura urbana, se gestan comportamientos que devienen rituales como garantía de la extensión de toda estructura social. Los asistentes a estos antros jarochos, sabedores de las circunstancias propias de tales regiones, forjan un imaginario que al tiempo de ser representaciones, hacen las veces de metáforas de lo que va siendo la vida cotidiana en el Veracruz actual.

Lo dicho hasta aquí, es apenas una aproximación. La andanza en pos del reconocimiento y la revaloración del antro aquí no se detiene. Es este un alto en el camino, una serie de notas reflexivas que esperamos continúen dando razones para seguir explorando este tipo de espacios que no únicamente es para su consumo, disfrute y gozo, sino igual para definir un tanto lo que es el jarocho contemporáneo cuando surca la noche para ir a divertirse. Incluso más allá: lo que podemos ser cuando participamos de estos escenarios. Lo siguiente es el análisis que podemos alcanzar cuando sometemos nuestras prácticas y formas de operar, a una mirada crítica, y donde el espíritu pensante contribuye a hacer explícitos algunos actos, los mismos que la reflexividad ha querido intentar aquí.

Notas y referencias bibliográficas

- Augé, Marc (1995): *Los "no lugares". espacios del anonimato*, GEDISA, 2da. edición, Barcelona.
- De Certeau, Michel (1996): *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*. UIA/ITESO/Centro Francés De Estudios Mexicanos Y Centroamericanos, México, D.F., pp. 103-144.
- García Canclini, Néstor (1996): *Consumidores y ciudadanos*, Grijalbo, México.
- Giddens, Anthony (1995): *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Amorrortu, Buenos Aires.
- (1997) *Las nuevas reglas del método sociológico*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Giménez, Gilberto (1996): "Territorio y cultura", en: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*. Número 4 - Segunda Época. Diciembre de 1996. Universidad de Colima, Colima.
- Lefebvre, Henri (1995): *El derecho a la ciudad*, Península, 4º. edición, Barcelona.
- Reguillo, Rossana (1995): "Pensar la ciudad desde la comunicación. Un ejercicio necesario", en *Campo académico de la comunicación, hacia una reconstrucción reflexiva*, ITESO/Universidad Iberoamericana, México.
- Silva, Armando (1992): *Imaginarios urbanos, Bogotá, São Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina*, Tercer Mundo Editores, Colombia.
- Thompson, John B. (1993): *Ideología y cultura moderna, teoría crítica y social en la era de la comunicación de masas*, UAM-Xochimilco, México.
- Wolf, Mauro (1994): *Sociologías de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid. España.
- Marc y Picard (1991): *La interacción social*, Paidós, Barcelona.

Bibliografía

- Aguirre Bazán, Ángel (1997): *Etnografía, metodología cualitativa en la investigación sociocultural*. Alfaomega Marcombo, España.
- Augé, Marc (1997): *Por una antropología de los mundos contemporáneos*, Gedisa, Barcelona.
- Berger, Peter L. y Luckman, Thomas (1998): *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Argentina.
- Bourdieu, Pierre, (1994) *Sociología y cultura*: Grijalbo/Conaculta, México.
- (1994) *Razones prácticas sobre la teoría de la acción*. Anagrama, Barcelona, España, pp. 11-32.
- Castell, Manuel (1997): *La cuestión urbana*, Siglo XXI, México.
- García Díaz, Gustavo (1992) *Puerto de Veracruz*. Archivo General del Estado de Veracruz, México.

- Geertz, Clifford (1994): *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Paidós, España.
- Goffman, Erving(1994): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, Buenos Aires.
- González, Jorge A. (1994) *Más (+) cultura (s). Ensayo sobre realidades plurales* CNCA, México, pp. 54-96.
- (1994) *En Metodología y cultura*, CNCA, México, pp.235-288
- Ibáñez García, Tomás (coordinador) (1988): *Ideologías de la vida cotidiana*, Gedisa, España, pp. 13-90.
- Ibáñez, Jesús (1994): *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*, Siglo XXI, pp. 1-77.
- Luhman, Niklas (1998): *Complejidad y modernidad, de la unidad a la diferencia*, Trotta, Madrid, España, pp. 25-27.
- Martín Barbero, Jesús (1988): *De los medios a las mediaciones*, México.
- Navarro, Pablo (1994): *El holograma social. Una antología de la socialidad*, Siglo XXI, Madrid, España, pp. 403.
- Piccini, Mabel (1995) "Ciudades de fin de siglo. Vida urbana y comunicación", en *Versión No 5*, UAM, pp. 13-42.